



Jose Sanz

<http://josesanzsaez.weebly.com>

LA TELE, EL PERRO Y EL AMO

Los viernes, si no hay un plan más interesante, suelo aprovecharlos para relajarme, después de una semana intensa de trabajo. Aprovecho para dar un paseo largo con Bruno, mi perro de mil razas, de pelo negro y largo. Después, preparo un caldo y lo tomo en la sala mientras veo el telediario. Bruno, se queda sentado tranquilo y mira atento las noticias. De cuando en cuando, si algo le llama la atención, levanta la oreja izquierda y ladea la cabeza. Después, se tumba completamente, apoya la cabeza en la alfombra y bosteza. Pero nunca pierde de vista la pantalla. Me río viéndolo tan atento mientras observa la televisión.

Normalmente, el perro sigue con interés las noticias, pero hoy estaba especialmente concentrado. Acabado el informativo, y mientras emitían el parte meteorológico, Bruno meneó la cabeza con desagrado a un lado y a otro, al tiempo que anunciaban lluvias sobre nuestra ciudad. “Qué pasa Bruno, ¿qué no te gusta el agua?”, pregunté a mi canino amigo. De repente, se quedó muy serio, me miró fijamente, alzó las dos orejas muy digno y lanzó un ladrido corto. Después carraspeó y pasó algo que no esperaba:

—Sabes que odio la lluvia —contestó el perro.

Bajó la cabeza un segundo y volvió a mirarme fijamente. Aspiró y continuó su perorata:

—Pero sabes lo que más me mata: esta televisión tan deprimente. Tanto hablar de escándalos de políticos corruptos a los que no se condena. De economistas que no saben resolver la economía del país pero que solucionan bien su hacienda cobrando unos sueldos escandalosos. De Gobiernos que no gobiernan y despilfarran recursos... Los informativos lo cuentan todo como si fuera un culebrón: muchos capítulos pero ninguna conclusión clara. En parte, por la propia complejidad de la información, como en el caso de los juicios. En parte, por el interés de ocultar datos por los propios responsables, para evitar así que se conozcan sus propias negligencias.

El perro acabó el discurso mientras yo, con los ojos abiertos como platos y completamente alucinado, no sabía ni qué decir, ni qué hacer.

—Pero, ¿hablas?— dije balbuceando.

El perro, con aire de superioridad y condescendencia, miró a un lado y a otro, como para asegurarse que nadie lo veía, tomó aire y abrió la boca:

—Guau —Ladró. Y esa fue la última vez que habló y se sentó conmigo a ver el telediario. La verdad, echo de menos sus comentarios. Escasos pero tremendamente lúcidos.